

# El beso de la suculenta

Desde que Leonardo decidió poner fin a nuestra relación yo había llevado al apartamento que alguna vez compartimos a unos seis o siete tipos que me encontraba en discotecas, bares y aplicaciones de citas. Ocho meses de una soltería plagada de hombres, criaturas fugaces, concertados para una o dos noches que no se prolongaban más allá de una comida ligera y el sexo inaplazable para el cual venían y se preparaban. Pero ahora estaba sola, y con la sensación de que ningún otro hombre que conociera iba a colmar ese vacío insoportable que sentía por dentro, allí donde la respiración es solo un hilo continuo que va y viene y no se agota.

Tanto era mi aislamiento del mundo exterior que había decidido adoptar una mascota para que aliviara de algún modo esta desazón. Un perro, un gato, un cuy, cualquier animal doméstico que me hiciera compañía y se quedara a dormir y no me abandonara al otro día. Pero luego pensé en la ocupación que me supondría criar un animalito de esos, y desistí de mi objetivo. Fue entonces que se me ocurrió la idea de comprar una planta, pues demandaba menos atenciones que una mascota, y a la mañana siguiente tenía a un costado de mi puerta un tiesto con rueditas del que salían, como brazos, unas flores gordas entre violetas y blancas.

Debo decir que mi conocimiento sobre plantas es exiguo y que no he tenido nunca una afición herbaria más allá de lo normal, un par de matojos en la sala y la terraza cuando era más joven, comprados en viveros por el solo gusto visual de los colores y las formas peculiares de algunas especies, y que el nombre de alguna de las que conozco se lo debo a las conversaciones remotas que man-

tuve alguna vez con mamá y la abuela Carmen, más versadas que yo en esos asuntos. Nada más. Y nada menos. La planta la había comprado en un vivero a las afueras de la ciudad y lo único que me habían dicho de ella era que pertenecía a la familia de la sábila y el cactus, y que se llamaba «suculenta», o algo así. Me la vendieron con el aviso oportuno de que no requería mucha atención ni cuidados especiales, tan sólo una exposición habitual a los rayos del sol y un poco de agua tibia cada cierto tiempo. «Es una suculenta —me dijo la vendedora—, no tiene mucho que hacer. Es una planta muy agradecida».

«Agradecida», pensé. Un adjetivo inusual para una planta.

La rodé bajo los estantes de la sala y me desentendí de ella durante varios días, hasta que percibí en sus flores una deformación chocante, como si algo más estuviera brotando de ellas, un apéndice tuberoso y sin forma que se abría paso alrededor del tallo. Algunos días después, desplazándome hacia la puerta de entrada para recibir un domicilio, me pareció ver unos labios idénticos a los de Leonardo bajo las flores oblongas de la suculenta. No era sólo un par, sino seis o siete, todos remedándoles fidedignamente el espesor y la curvatura medio cortada de sus labios. Mi primera reacción fue de estupor, luego de miedo y luego de interés. Ese mismo día, en la noche, salí de las sábanas y fui a la sala, me detuve unos segundos frente a uno de los labios y empecé a acercarme, no sin cierto recelo, con mi boca deseosa abriéndose en un beso. Y los labios, húmedos y pulposos como estaban, me regresaron el beso al primer contacto.

FITOANTROPOMORFAS



*Suculenta*

En los días que siguieron repetí la misma rutina cada vez que podía. Seguí besando de manera furtiva, como si alguien me estuviera viendo tras la hendidura de la cortina o en la puerta mal entornada de la entrada, esos labios turgentes que para mí eran los de Leonardo. No había un solo día que no pusiera mis labios sobre los labios encarnados de la planta. Poco después algo empezó a alterarse en mí, y me sentí mal: unos mareos esporádicos que me llevaban a la cama, una opresión en la mitad del pecho, unas arcadas intermitentes que desaparecían del todo cuando me bañaba o bebía agua. Y así me sentía, cada vez más exangüe, anémica, debilucha, como si algo me estuviera sustrayendo la escasa energía del cuerpo o como si estuviera introduciendo en mis venas una toxina letal que me envenenaba la sangre.

Los labios de Leonardo en la suculenta no dejaban de invitarme al beso, y aunque mi estado era cada vez más lánguido y mis fuerzas disminuían sin remedio, nunca se me ocurrió pensar que mi decaimiento podía deberse al contacto frecuente con sus flores. Una noche, regresando de la cocina después de haber tomado mi acostumbrada infusión de yerbabuena, vi cómo se secaba y ennegrecía uno de los labios y sentí asco. Entonces tuve el impulso de agarrar mi teléfono y escarbar en la internet qué era lo que había comprado en ese vivero. Pensé que podría fotografiar la suculenta y, con la foto resultante, localizar en el buscador de Google de qué planta se trataba, si desprendía alguna sustancia lesiva o debilitante, o si mi enfermedad se debía a una causa distinta.

Y la encontré. Ahí estaban las propiedades y características de esta cosa exótica que florecía en mi sala. Su nombre científico era

*Kalanchoe pinnata*, según la Wikipedia, pero la llamaban vulgarmente hoja del aire o siempreviva. Suculenta era tan sólo el grupo de plantas al que pertenecía debido a su capacidad de retener o almacenar agua en algún órgano de reserva. Aumenté por completo el brillo de la pantalla y continué leyendo. Procedía de Madagascar, una enorme isla del sureste de África, y se había extendido a regiones donde el clima árido y templado le era adecuado para sobrevivir. Seguí leyendo, sin parar. Órgano reservante, árido, hábitat, caducifolios, palabras y más palabras ininteligibles que veía sobre la página en blanco sin detener allí mi atención. Datos y conceptos que aún no me decían nada, hasta que encontré algo que me desconcertó, varias líneas abajo. Agucé los ojos y leí. Glucósido cardíaco. Sí, claro que sí, ahí estaba la causa de todo. Salté de la cama y me puse a leer con más detenimiento los síntomas de intoxicación por glucósido cardíaco. Síntomas, sí, eso era, braquicardia, debilidad, confusión, letargo, pérdida de apetito. Todo lo que me venía estragando desde que me acerqué por primera vez a los labios atrayentes de la suculenta.

El timbre sonó, me aturdí. No esperaba a nadie, pero me consoló saber que alguien estaba ahí, tras la puerta de mi apartamento, insistiendo para que yo abriera. Decaída, me respaldé en la pared, salí a tientas del cuarto y di unos pasos en dirección a la puerta. Sentí que las piernas me flaqueaban y supe que no lograría llegar. «¡Es la planta!», grité extenuada, y me desplomé súbitamente bajo los estantes y las flores labiales de la suculenta.

---

\*Estudiante de Comunicación Social. Ha publicado cuentos en la revista *Letralia*.

FITOANTROPOMORFAS

